"EL LUGAR DONDE CRECE LA HIERBA"

(NOVELA)

Por

LUISA JOSEFINA HERNANDEZ

PRIMER CAPÍTULO

Enrique:

Ayer mi esposo, Patrick, me ha traído a esta casa extraña a vivir con un hombre. Ha sido necesario, no podía quedarme ni un minuto más en el lugar donde vivimos.

Antes de irse, Patrick habló largamente con el dueño de la casa, para que me aceptara, y él, que es un hombre gentil, íntimo amigo de Patrick y extranjero como él, dio su consentimiento. Te advierto que es afectuoso y bueno, varias veces, durante el relato de Patrick, me acarició la cabeza y me apretó la mano; yo sonreía un poco tontamente.

Patrick le explicó, en forma muy detallada, que no podía llevarme a otro lado porque nadie era de tanta confianza como él, y sobre todo, porque su esposa está ausente en un largo viaje y no molestará a nadie. El dueño de la casa sale a trabajar por las mañanas y regresa ya tarde; estoy segura de no intervenir en sus metódicas costumbres y en lo más mínimo, y de que él será tan feliz como si estuviera solo.

Me llevó al cuarto de los niños, aunque yo hubiera preferido dormir en el escritorio. Pero sucede que hace diez años que guarda su ropa en el armario de esa habitación y hacia allá atraviesa desnudo desde el baño, que no está lejos. Además, el cuarto de los niños tiene un baño pequeño que ahora es sólo para mí; como también son sólo para mí las paredes pintadas a listas azules y color crema, una repisa donde se entumecen un gallo, un pescado y un centauro de barro; el dibujo de unas extrañas jirafas verdes y un cuadrado e impresionante muñeco de papel de china con armazón de alambre.

Me acosté en una cama baja y atormentadora, donde antes durmió un niño, y entre mis desesperaciones inexplicables dentro del sueño, me parecía que alguien me había convertido en niña para obligarme a vivir de nuevo todos los malos detalles de mi vida.

Durante la noche, con el amanecer ya muy cercano, escuché sin despertar un ruido sordo y rítmico. Tuve miedo, y ahora recuerdo exactamente que el corazón me latía tanto, que aun adormecida, sentía amenazada otra entraña más fina, más exigente, y que debía por todos motivos conservar intacta.

Me levanté temprano y comí algo en la cocina, desde donde se ve un terreno baldío, al lado de una casa construida a medias y en donde salen a jugar docenas de ratas. (No te hagas el asombrado, tú ya sabías que las ratas jugaban.) Y yo las he visto así como niñas, como hadas, como locas, mientras mi sexualidad asustadiza y profunda se deshacía en símbolos.

Luego me he encontrado con el dueño de la casa en el momento en que se dirigía del baño al escritorio, desnudo. Le he mirado a los ojos para darle los buenos días, y él ha conversado un momento conmigo suave y paternalmente. Después, se ha despedido de mí y yo estoy sola hasta dormirme, hasta escribir una larga carta... y sin poder fumar.

Me ha asaltado, como una invasión de insectos prohibidos la conciencia de tu ternura; la del otro día y la de siempre. No puedo olvidar el tono con que me dijiste:

—Quítate un solo guante.

Y la inquietud con que yo lo hice, esperando de aquello, no sé qué inimaginables consecuencias.

Tuve que huirte, ese último día, tuve que dejarte de pie en medio de la calle, rondado por una sonrisa socarrona, que al llegar a tus ojos se convirtió en acero y me hizo temblar. Tuve que rechazar todas esas ofertas que yo sé de memoria de tu voz, con la memoria de los tímpanos. Las rechacé por ti, por mí y un poco... creo que sí... por Patrick.

¿Sabes, has sabido tú de la sensación que deja el miedo repetido en forma medida y continuada? Es un no acercarme a las ventanas, un no encender las luces, un quedarme lívida, muerta por anticipación cuando alguien viene a tocar la puerta y luego empieza a darle de puñetazos como si quisiera tirarla.

A este respecto, hay algo que no te he dicho todavía y que me martiriza. Ayer, cuando llegamos, el dueño de la casa dormía y Patrick creyó que estaba en una edificio que está enfrente de éste, donde vive un amigo de los dos. Fue a buscarlo y me dejó de pie en el pasillo, muy nerviosa, al lado de mi valija de cuero. Inmediatamente salieron de la puerta de otro departamento tres mujeres morenas y achatadas, cada una con una labor de mano, y rápidas, en

forma decidida, comenzaron a hacerme preguntas íntimas, empezando desde el momento y el lugar en que fui dada a luz, hasta el momento en que por necesidad y sin ningún deseo de mi parte, había sido colocada en ese vestíbulo, junto a mi valija. Al volver Patrick desaparecieron una a una y sin saludar.

Creí haber salido triunfadora, porque hice una magnífica imitación del acento de Patrick, (mejor de las que te he hecho a ti en ocasiones de alevosía y euforia), pero después me he puesto triste al descubrir por mi anfitrión que ellas salen al menor ruido: ya sea timbre, teléfono, grito, o algún objeto roto. Esas tres caras chatas, que a un puntapié mío pudieran rodar como discos, me han reducido al silencio. He sabido también que ellas trabajan; hacen comida para banquetes, cambian cuellos de camisas, recortándolos de las faldetas, y confeccionan pelucas. Malditas sean.

Después, al mediodía, llegó mi dueño, no tan sólo de la casa sino mío; si no fuera por él, no tendría qué comer, y estaría en un lugar más desagradable que este acojinado y luminoso cuarto de niños. Llegó y me entregó unos alimentos esenciales (es frase suya), lo esencial parece ser pan, jamón, y unas latas obsenas que no he abierto. También me contó lo bien que había comido en casa de un empleado suyo y me confesó humildemente que se llama Eutifrón. Creo que eso no lo sabe nadie, ni siquiera su esposa, quien lo llama siempre "querido", pero eso sí, muy insistentemente y en tonos variables.

—Ah, señora, espero que disfrute usted el viaje a su país natal, y que tal vez un contratiempo inofensivo retrase su regreso, para dar tiempo a que yo pueda irme, pero no vaya usted a morirse, por favor, porque la soledad de Eutifrón sería conmovedora y tal vez él buscara refugio en nuestra casa, que no se parece nada a la suya, y donde él sucumbiría en medio de todos aquellos papeles arrugados, libros, platos sucios y nubes de humo de carne y de cigarro hechos uno solo.

A Eutifrón no le gusta el humo, por eso no hay cigarros y si algún extraño los trajera no me atrevería a fumarlos, porque no deseo disgustarlo.

He comido cosas frías, "esenciales", y la tarde ha transcurrido en medio de mis temores. He encendido la luz del comedor, porque es la única pieza que no da a la calle, es el centro de esta rebanada de pastel que forma el departamento con la sala y los tres dormitorios. Después, asustada por unos pasos lentos y ceremoniosos, apagué la luz y vine a la sala, a esta sala de gusto exquisito, pensando en lo mucho que disfrutarías tú poder vivir en ella aunque fuera quince de tus tardes sin significado, aquellas en que aseguras las puertas con cerrojos, y te entregas al reconocimiento de ti mismo, y en unas ocasiones te intoxicas y quedas en un mar de discos rotos y libros deshojados, y en otras te entregas libre, humildemente al ejercicio de regar tus plantas. Esas plantas que siempre me dieron una impresión de hacinamiento humano y rebajado, de tal manera que cuando el gato blanco brincaba sobre ellas yo temblaba,

creyendo que iban a devorarlo. Yo temblaba muy a menudo. Me deshacía toda por dentro, y tú, paciente, placentemente, me ayudabas a reunir mis pedazos, como si se tratara de un rompecabezas o de algún mueble fácil de desarmar. Hasta que un día yo, armada, completa, derecha como una lanza, supe atravesarte, sin dar tiempo a que te defendieras... ¡No! No es eso de lo que quiero hablar, olvídalo, no quiero hablar de ninguna de mis culpas, mi intento era sólo asegurarte, recordarte que he sido continuamente la casa del terror.

Ahora, aquí en esta penumbra, habituada al sonido de un lenguaje extraño, mirando los automóviles pasar por la explanada, recuerdo intensamente el color y la forma del cielo que se mira al través de tu ventana y aquel instante escaso, como recortado con tijeras y siempre perdurable, en que dijo tu voz:

—¿Te gusta mi cielo?

No quise confesarte entonces que tu cielo me daba miedo, y es ahora, precisamente ahora, cuando lamento no haberlo aceptado para poder mirarlo desde aquí.

Veo pasar algunas parejas de estudiantes y lamento que tu y yo no podamos ya ir a la escuela juntos y volver; sobre todo, porque en una época no demasiado lejana, cinco o seis años, hemos ido y hemos vuelto. Aquella época en que las palabras salían confusas de los labios y en que las manos, sin querer, imitaban los gestos taquigráficos.

De todas las cosas, ésta es la verdadera lamentación: Ya la he tenido. Y nosotros hemos tenido casi todo, menos dinero. Hemos sido miserables, mal vestidos y hemos comido mal. Y lo que hemos ganado, de centavo en centavo, se ha gastado también de centavo en centavo, y parece que hemos vivido en un asqueroso regateo de satisfacciones. Hemos sido ambiciosos: Si tuviera la posibilidad de arrastrarme por un desierto, golpeándome el cuerpo con alguna piedra, mis dientes gritarían: —Soy ambiciosa. Perdón... nunca he tenido nada, sólo una oportunidad malograda y casual de vivir en la casa de un señor llamado Eutifrón y esa casa me hacía notar continuamente que era de él y no mía...

Ha llegado Eutifrón y hemos hablado largamente. He dicho todos mis secretos para que él no los sepa jamás. Tu nombre ha cabalgado nuestra conversación como un invisible caballero vestido con saco de montar y pantalones de golf. No se que tenía de grotesco y de equívoco metido en el escritorio de Eutifrón. El escritorio donde puedo sentarme de día y de noche sin ser vista, porque él ha colgado en las persianas unas redes en las que suspiran unos pescados de madera el aire escaso de ventana que no se abre. Un aire que apenas se hace lugar entre mis aglutinamientos de palabras.

Anfitrón mío querido: qué palpablemente has tenido mi vida entre tus dedos y en qué forma tan distraída la has dejado escapar. No sé cómo has podido creer que lo que yo contaba era una historia urdida para pagar tu hos-

pitalidad, si estaba escrita en las paredes de mi cuerpo y hasta los dibujos que cubren los muros iban tomando una expresión angustiosa que se hacía cada vez más intolerable.

Eutifrón ha querido ayudarme y me ha dicho que le cuente con detalle el motivo que me trajo aquí. Pero yo me he negado graciosamente y le he dicho que eso queda a la discreción de Patrick.

Luego me retiré al cuarto de los niños reconfortada y segura. Aquí te escribo, mis palabras, como tu nombre, no caben en este cuarto de paredes a listas. Adiós, Enrique, no envenenemos el alma de este muñeco de papel de China, que será quien presida mis sueños en las próximas tres semanas.